

## EL CANTOR DE LA MISERIA

En la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes, desvergonzados, era el poeta avasallador de la multitud; de la multitud miserable, sufridora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer, errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico, mostrábanse insolentes, sin pararse á cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las calles apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respiraderos pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de poeta unas veces, otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas, sin sentido, pero resplandecientes de armonía; letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores, y en cuantos le escuchaban, rodeándole

apretados, devoradores de las palabras, los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora, y para siempre, unguados por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza.

Jamás cantó de otros amores el poeta "Cantor de la Miseria", como le llamaban todos. Dama Miseria era su dama, y nunca tuvo más fiel amador.

La hija del Rey era muy aficionada á la poesía, y aunque cien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las costumbres cortesananas, al que amenazaba con ruinas y muertes á los poderosos, al que no se humillaba á la hermosura, ni al poder, ni á la riqueza; al enamorado "Cantor de la Miseria".

Le oyó por fin y lloró al oírlo, y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta "Cantor de la Miseria" por vez primera cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa princesa había comprendido sus canciones.

—¡Mal hice en escuchar á tanto poeta cortesano!  
¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras?  
Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—¡Mal hice en cantar mis canciones á los miserables!  
¿No es mejor conmover piadosamente á los

poderosos, que despertar amenazadores á los humildes? Desde hoy sólo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al servicio de la carroza regia; los miserables habían perdido á su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía á decirles: "Oídme, yo soy otro Cantor de la Miseria", pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

¡Bah! "Cantor de la Miseria", hasta que las princesas quieran oírte.

## EL CABALLERO DE LA MUERTE

La ciudad toda, coronada de sol, y de flores y flámulas prendida, se alborozaba con alma de niño, alma de multitud regocijada, porque el cielo resplandece y las calles están de fiesta; las músicas marciales ritman el paso de la gente atropada y todos parecen soldados de un ejército triunfador.

Devotos del amor y la hermosura, llegan los peregrinos caballeros, jóvenes y gloriosos. Son doce. Los doce pretenden el amor de la princesa hermosa; la fortuna, no el mérito, puede distinguir á uno solo entre ellos. Son doce jóvenes y gloriosos. La princesa los ve pasar desde la terraza de palacio y exclama con terror:

—¡Son trece!

—Son doce, señora mía—replica con dulzura su nodriza—. Hoy no pueden envidiarse unos á otros; mañana uno solo será envidiado de todos.

—¡Son trece, trece! Tú no ves, nadie ve al que llega detrás de todos, al caballero de las armas pavonadas, en un caballo negro, gualdrapado de negro,

con negro airón por cimera del casco... ¡Son trece... trece!

Y la princesa mira con espanto adonde nadie mira; adonde, aunque todos miraran, nada verían. Al caballero de las armas pavonadas, al desposado fiel de la princesa, sólo visible para ella desde el día en que un beso de muerte transfundió por todo su ser, desde la frente, serena con la quietud de un pensamiento fijo, á las plantas graves, de pasos medidos, concedores de un camino predestinado, poder sobrenatural que anima en ella, á pesar suyo. Todo impulso de amor en su alma es golpe mortal para el objeto amado; si la princesa dice: "¡Hermosas flores!", las flores se agostan á su paso; si escucha con amor el canto de los pájaros, los pájaros caen á sus pies como heridos por cazador certero; un príncipe amado, radiante de vida juvenil, murió en el tiempo que ella exclamaba: "¡Sí!", trémula entre sus brazos... Y desde aquel día la princesa redujo su corazón al cielo y sólo escucha la voz que nadie oye, y sólo mira al que no ve nadie.

—Morirá cuanto ames—juró el caballero—; pero tú, amada mía, nunca morirás...

Y la princesa entristece su alma con pensamientos de odio; quisiera vivir entre criminales, en parajes desolados, donde todo inspirara horror. Y para no amar nunca, sólo escucha al que nadie oye, sólo mira al que no ve nadie, á su fiel enamorado, al caballero de la muerte, sólo visible para ella, su inmortal desposada.

## EL POEMA DEL CIRCO

### INVOCACIÓN

Espíritu de Barbey D'Aureville, de Villiers de l'Isle Adam, de Poe, de Banville, de cuantos decadentes, satánicos y parnasianos, *clowns*, acróbatas y dislocados de entendimiento, admirasteis el genio corporal de *clowns*, acróbatas y *écuyères*, inspirad el poema del circo. Pirueteen, caigan en saltos mortales las estrofas, jueguen y brillen como esferillas metálicas cuchillos y antorchas de malabarista, dislórquense en neologismos incongruentes, hagan trampolín del Diccionario, sean colorines, lentejuelas, campanilleen el iris todo, y si de los sentidos pasan al alma, suenen en ella á risas infantiles, porque el circo es la infancia del arte, y en el circo reviven nuestros días infantiles.

### LA MÚSICA

De lo alto van cayendo, sin expresión en el ritmo, sin calor de alma artística, como de un instrumento impersonal, de una orquesta mecánica, vales llozosos que mecen el alma de los ojos al corazón, del cora-

zón á los ojos. Música evocadora, música vívida... Recuerdo de amores arrullados por ella, de bailes, de aventuras de otros años, de otros lugares... El vals aprendido en amorosa intimidad, el vals oído en café-concierto parisién, único recuerdo espiritual de un amor de viajero, de esos que sólo dejan un recuerdo dorado: una cabellera de oro, vinos de oro, monedas de oro... Música evocadora, música vívida que mece el alma del corazón á los ojos, de los ojos al corazón.

#### EL SALTO MORTAL

Por una gran ventana del circo aparece la luna llena, blanca, redonda como un aro de papel de seda, de los que rompen con gracioso salto sonrientes *écuyères*. ¡Quién pudiera, haciendo trampolín de altísima montaña, rasgar la luna y penetrar de un salto mortal en el secreto de lo infinito! Así decía un artista que ha dado un salto mortal en su cultura literaria desde el catón á D'Annunzio sin tropezar en Cervantes.

#### CABALLOS, PERROS Y NIÑOS

Son las víctimas del circo.

¡Animalitos!

¡Pobres niños!

Así exclaman espíritus sensibles.

De los animalitos nada sabemos. Pero los niños bachilleres á los doce años, ¿no son más dignos de compasión que los niños del circo? Padres que por nada

del mundo dislocarían los brazos de sus hijos, les dislocan sin reparo el cerebro, y luego exclaman en el circo:

—¡Pobres niños!

#### VISIÓN DE LO ANTIGUO

Suma de la hermosura, de la gloria y del poder humanos; Elagabal, el hijo del sol y como el sol resplandeciente sobre el mundo; vestido de cielo, astros de oro y pedrería bordados en túnica y manto; desde el palco imperial, entre beldades, efebos y colosos, acariciado y defendido, envuelto en humareda azulada de perfumes, sonríe entre sorbo y sorbo de chigre helado, á verdes y azules, rojos y dorados, guaidores de las cuádrigas; como entre nubes, aéreos, brilladores, entra la polvareda de la arena teñida de oro y minio, renovando las carreras de los héroes homéricos en los funerales de Patroclo.

#### INTERMEDIO CÓMICO

¡Clowns! ¡Voilà!... Y lo cómico eterno en la mayor y primitiva sencillez aparece. ¡Bofetadas, golpes, engaños... un pitillo y un simple, un burlador y un burlado!... Toda la epopeya de la risa humana, desde Aristófanes hasta *Courteline*. El hombre civilizado ríe de las desdichas ajenas; ríe, y al reír enseña los dientes por atavismo; devora en espíritu á sus semejantes, como el antropófago los devora materialmente.

## FINAL

Y aquí termina el poema del circo. Ni tan bueno que cierre las puertas de la Academia, ni tan malo que pueda ser premiado en unos juegos florales.

Ni el autor ni el poema aspiran á dejar de sí otra memoria que la de cualquier *clown*, acróbata ó funámbulo, fugaz, pero risueño; no la gloria de algún inmortal estadista de quien los funerales sean sangrientos como los de Alejandro.

¡Ya murió el caballito de palo...  
y ya le olvidaron así que murió!

Así canta la dulce Ofelia... Y los pobres artistas del circo, juguetes de un día, el frágil mecanismo del cuerpo, alma de toda su arte, no pueden soñar mejor epitafio...

¡Ya murió el caballito de palo...  
y ya le olvidaron así que murió!

## LEYES SUNTUARIAS

El Cardenal Gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas para derogar las últimas inexorables ordenanzas, poniendo coto al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco podían esperar favor, porque sólo se preocupaba, anciano también y achacoso, de ganarse á punta de austeridad unas páginas en el año cristiano. Del resto de los Cardenales que componían el Sacro Colegio podían contar con muy pocos; los más jóvenes y de aristocrático linaje se inhibían remilgadamente de entender en asuntos femeniles. Las libreas de sus pajes, lindos Ganimedes, eran costosas y de refinado gusto; pero, respecto á las damas, ¿qué entendían ellos? En los salones de Roma todo era conspiraciones femeniles. La vida se hacía insoportable para las damas en la Corte pontificia. Los maridos mismos, aunque no se veían obligados á pagar trajes ni joyas, protestaban al fin, porque las esposas, aburridas por la impuesta sencillez de su atavío, buscaban distracciones menos honestas, y la que no podía ostentar dos trajes

en un día, ostentaba tres amantes, único lujo que no podían atajar las ordenanzas reverendísimas del Cardenal Gobernador.

La Condesa Cesarina de Rinaldi fué amenazada de destierro por dirigir una conspiración, decidida nada menos que á secuestrar á los Cardenales más recalci-trantes, y para conseguirlo tenían ya comprados (¡pobre Condesa, qué fatigada apareció por aquellos días!) á todos los oficiales de la guardia pontificia.

Pero el Cardenal Gobernador era hombre duro (así decían las damas romanas que á su edad toda la dureza se le había fijado en el corazón), y no cejaba en la persecución del lujo.

Hasta de las ropas interiores se informaba, y una policía especial examinaba diariamente la ropa que las lavanderas lavaban en el Tíber, con orden de apoderarse y de destruir toda prenda de tela demasiado fina, de escote demasiado abierto ó guarnición de encajes ó bordados.

En un día despojaron á las lavanderas los encargados de tan minuciosa pesquisa de unas doscientas camisas que hallaron en escandalosa contravención.

La Condesa Rinaldi estuvo á punto de proclamar una nueva República romana aquel día como nueva Rienci. Semejante situación no podía continuar. Había que atreverse á todo y dar una batalla decisiva con las escasas fuerzas que podían aprovechar.

El Cardenal Borghese, hombre de unos cincuenta años, pero con energías para votar en cinco Cónclaves, porque nadie le había conocido más que una

sola sobrina, era de los pocos partidarios de las damas, y el único que se atrevía á combatir al Gobernador. La Condesa se decidió á tener una entrevista particular con él. El Cardenal la recibió muy complacido; era hombre modesto y no aspiraba á tener un día señalado en el Calendario. La Condesa le mostró con la más viva elocuencia la ridícula tiranía de que eran víctimas. ¡Llegar al punto de quitarles la ropa blanca! Había dama que no había podido mudarse de camisa en toda la semana... ¿Era posible? El Cardenal no pudo creerlo.

—¡Oh, sí, cierto, cierto, Eminencia!—repetía la Condesa, apoyando su afirmación con calurosos argumentos.

Al día siguiente por todos los salones de Roma corrió la noticia de que, si bien el Cardenal Gobernador, por no contradecirse de modo tan violento, no derogaba las últimas ordenanzas, había dictado órdenes particulares para que se hiciera la vista gorda en cuanto al lujo de las damas se refería... Todas felicitaban á la Condesa Rinaldi, y las más íntimas amigas suyas pasaban á su tocador y reían á carcajadas al ver allí una camisa de cáñamo, sucia, sucia como de un carbonero, pero que todas consideraban como prenda de redención.

¡Pobre Condesa, siempre dispuesta á sacrificarse por el bien general!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

## ÍNDICE

	PÁGS.
EL ENCANTO DE UNA HORA.....	3
COMEDIA ITALIANA.....	15
EL CRIADO DE DON JUAN.....	21
BUENA IDEA HAS TENIDO.....	35
¡MADRE DE MI ALMA, TAMBIÉN YO SOY MADRE!..	42
¡MAL HOMBRE!.....	44
¡QUÉ TRABAJO, QUÉ LUCHA ME COSTÓ DECIDIRME!	46
MAMÁ: TENGO QUE DECIRTE MUCHAS COSAS;.....	52
FRATERNIDAD.....	57
MATERNIDAD.....	63
NOCHE ARISTOCRÁTICA.....	67
BODAS REALES.....	75
VÍRGENES LOCAS.....	81
LA COMIDA DE LAS FIERAS.....	89
SIN QUERER.....	199
EL CANTOR DE LA MISERIA.....	227
EL CABALLERO DE LA MUERTE.....	231
EL POEMA DEL CIRCO.....	233
LEYES SANTUARIAS.....	237









